

1914 SERBIA 2022 UCRANIA Y ALGUNOS OTROS MÁS

(Por Miguel Herrero de Miñón, presentado en la Sesión del Pleno de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas del 29 de marzo de 2022)

Como el Sr. Presidente anunció el pasado martes, mi intervención de hoy no va a ser la prevista en nuestro calendario del presente curso, sino que atendiendo al imperativo del artículo 1º de nuestros Estatutos voy a prestar atención a un tema de máxima actualidad: la Guerra de Ucrania. Y me felicito de que la Academia prevea dos mesas redondas más sobre tema tan candente, la primera de las cuales ha sido ya celebrada con el debido éxito. La pluralidad de opiniones, expresión auténtica de la libertad académica, enriquece el debate y contribuye a clarificar la opinión.

Creo importante que en una Institución docta e independiente como es esta Casa, bajo la sola responsabilidad del ponente y sin que ello implique ninguna posición institucional, se trate de analizar la situación al margen de la opinión pública y sobre todo publicada, tras, eso sí, rendir un testimonio de admiración a la cobertura que los medios impresos, radios y televisivos nacionales están dando a la situación en Ucrania con la objetividad que les caracteriza solo parangonable a su bien conocida insobornabilidad. Por todo ello, para distanciarme del bullicio reinante, me parece útil acudir a un paralelismo, entre otros, para mí evidente, entre lo que hoy ocurre e incluso puede ocurrir, y lo desdichadamente ocurrido hace 108 años. Esto es, en 1914.

He prestado especial atención al tema por mi probada fidelidad atlántica. Así, en 1981, tuve el honor de contribuir a la adhesión de España a la OTAN colaborando como Presidente y Portavoz del Grupo Parlamentario de UCD, a la sazón minoría mayoritaria, principal apoyo del Gobierno en las Cortes, con el entonces Presidente del Gobierno, Leopoldo Calvo-Sotelo, el Ministro de Asuntos Exteriores, mi amigo José Pedro Pérez Llorca, y quien fue motor político y técnico de la operación de adhesión española a la Alianza, nuestro colega Javier Rupérez.

A partir de entonces me ocupé como ponente en el seno de la Asamblea Atlántica, una institución secundaria, pero de cierto interés como foro de información y opinión, de los “desafíos fuera de área”, y en 1986 fui el primer español que pronunció una lección sobre este tema en el Colegio de Defensa de la OTAN en Roma. Es esta fidelidad a la Alianza y la utilización del concepto de “desafíos fuera de área”, lo que me llevó a oponerme con éxito a la moción de los halcones anglosajones en la sesión de la citada Asamblea Atlántica de Washington de 1990, propugnando la extensión al este de los límites de la OTAN fijados en el artículo 5 del Tratado de Washington de 1948. Dije al efecto, y podría citar testigos de ello, que una extensión de los límites de la Alianza aumentaba sus responsabilidades, inquietaba a su adversario, la URSS, y arriesgaba la solidaridad de sus miembros. Al menos, los dos primeros se han hecho realidad al incorporar a la Alianza las Repúblicas Bálticas y Polonia y amagar con el ingreso en la misma de Ucrania. En cuanto al tercero, los aliados han abundado en declaraciones solidarias cuya puesta en práctica requeriría

cuantiosos esfuerzos presupuestarios y, por otra parte, ha aumentado la dependencia europea de los abastecimientos energéticos procedentes de los Estados Unidos.

Pero pasemos a los paralelos atrás enunciados. No voy formular teorías ni hacer juicio de valor me remitiré a relatar hechos que pueden comprobarse en cualquier manual solvente de Historia Contemporánea.

1. En 1914 Austria-Hungría era una gran potencia europea. Lo era por extensión, población, prestigio e incluso fuerza militar. Y como tal potencia, tenía una zona de influencia y seguridad más allá de sus fronteras. En este caso, especialmente en los Balcanes y en la cuenca del Adriático. Al sur de Austria-Hungría y de su prolongación balcánica a través de Croacia y Bosnia Herzegovina existía una pequeña potencia: Serbia.

Serbia, conjunto de pequeños Principados, convertido en Reino en 1882 cambió súbitamente de política exterior. De seguir fielmente la política austro-húngara, bajo cuya protección se había configurado y desarrollado, pasó a ser el epicentro muy activo de un paneslavismo antiaustríaco. El cambio de dinastía, Obrenovic por la Carajeojevic, tras el asesinato del segundo Rey, Alejandro, en 1903, fue decisivo. Dicha política culminó en la tolerancia de movimientos terroristas eslavistas que llevaron al asesinato en Sarajevo en 1914 del Archiduque Francisco Fernando, heredero del trono de los Habsburgo. Austria-Hungría invadió Serbia.

Hoy, 108 años después, existe una gran potencia, Rusia, al sur de la cual se sitúa como ocurría en 1914, una pequeña potencia: Ucrania.

Ucrania, siempre mostró tendencias y rangos diferenciales respecto de Rusia, avivados a despertar su conciencia nacional en la segunda mitad del siglo XIX por obra, como en tantas otras circunstancias, de intelectuales entre los que destaca el gran historiador Kostomarov. Ante la intolerancia rusa, los sectores prenationalistas de Ucrania se trasladaron a la Galitzia austríaca, de población polaca, de manera que la reivindicación ucraniana fue más antipolaca que antirusa al hilo de la tendencia polaca a asimilar Ucrania. No se puede comprender Polonia sin Ucrania decía un significado líder polaco como no se entiende Alemania sin Baviera ni Francia sin el Valle del Loire. Y en todo caso, ya entrado el siglo XX, el nacionalismo ucraniano fue decididamente separatista sin que a ello fuera ajeno la política de los Imperios centrales que, ya derrotados en 1918, seguían tratando de crear un Reino de Ucrania vinculado a Austria-Hungría por vínculos dinásticos.

En los años 20 y 30 el futuro de Ucrania, ya reincorporada la URSS, fue objeto de negociación informal pero reiterada entre Alemania y Polonia, y, ya en vísperas de la II Guerra Mundial la ingenuidad filoautoritaria del Coronel Beck, Ministro de Exteriores Polaco, contempló la posibilidad de la renuncia polaca a Danzig a cambio de compensaciones territoriales en Ucrania.

El supuesto experto en nacionalidades del III Reich, Alfonso Rosenberg, Ministro de los Territorios Ocupados, propugnó una “guerra política” consistente

en apoyar el nacionalismo ucraniano en pro del ocupante, poniendo al frente de ello al colaboracionista antibolchevique Melnik. Pero ya en 1941, las fuerzas de ocupación, especialmente las SS y las Guardias ucranianas, estaban en conflicto y la brutalidad verdaderamente genocida de los alemanes, los “métodos draconianos” prescritos por Hitler, en su directiva para el gobierno de Ucrania frustró tal intento.

También en este caso, la gran potencia rusa vio amenazada su zona de seguridad. Y no por una supuesta paranoia, sino por la experiencia de los últimos 200 años. Baste como ejemplo que desde el siglo XVIII al presente, aparte de escaramuzas ocasionales, lo que llamamos Occidente ha agredido unilateralmente a Rusia en 5 graves ocasiones. Carlos XII de Suecia, un indiscutible genio militar de escaso acierto político, atacó a la Rusia de Pedro el Grande, atravesó desde el Báltico a Ucrania con sus tropas, y, solo allí en Poltava,, en 1709, el Rey Sueco y sus alisados ucranianos fueron vencidos. En 1812 Napoleón I, al frente de una coalición de satélites y aliados, en los que solo no estaba presente Inglaterra, atacó a Rusia y llegó hasta Moscú. En 1853 su sobrino y heredero Napoleón III en alianza con Inglaterra, Austria, Piamonte y otros Estados europeos, menores atacó a Rusia, precisamente en Crimea. En 1914, Guillermo II, Emperador alemán, y su aliado Francisco José, el Emperador de Austria, atacaron a Rusia y fomentaron la creación de un Reino de Ucrania prolongación del Imperio Austríaco, y en 1941 el Reich nacionalsocialista, es decir, Alemania, atacó a Rusia y causó 17 millones de muertos. La paranoia es posible, pero su fundamento es evidente.

Frente a la opinión de la Vicepresidenta Segunda del Gobierno, doña Yolanda Díaz, no tengo admiración ninguna por Stalin, al que considero un déspota sanguinario de perfiles claramente psicopáticos. Pero cualquiera que fueran sus crímenes, como buen conocedor que era de las experiencias históricas de su país, no es de extrañar que tras la II Guerra Mundial quisiera proteger su frontera occidental con una amplia zona de seguridad, algo que consiguió creando brutalmente en el este de Europa repúblicas satélites con el título de populares.

Tal es la situación consagrada en Yalta e instrumentada desde occidente por la doctrina Kennan sobre la contención y la eficaz alianza que fue y es la NATO.

Ambos paralelismos, el austro-serbio y el ruso-ucraniano, muestran la importancia que para una potencia grande tiene su zona de seguridad y así lo pone de manifiesto por ejemplo la política internacional de los Estados Unidos fundamentada en la doctrina Monroe (1823), excluyente de terceros países en el continente americano, formulada frente a amenazas entonces hipotéticas como era la presencia rusa en Alaska muy lejos del acceso estadounidense al Pacífico, y, más aún la de las potencias europeas de la Santa Alianza en las Indias Españolas.

La doctrina Monroe predecía con casi un siglo de antelación lo que fue la doctrina Root del destino manifiesto formulada en 1912 y que hacía del continente americano una zona exclusiva para la hegemonía de los Estados

Unidos. Entre tanto, la tesis Monroe se proyectó en aplicaciones concretas por la doctrina Polk formulada en 1845, la doctrina Grant, en 1870, la doctrina Oldney o Cleveland, en 1895, la doctrina Lodge en 1912, y la prohibición de transferir territorios coloniales a potencias no americanas formulada en 1940 para impedir la adquisición por Alemania de las Antillas Francesas y Holandesas. En todos estos casos la doctrina estadounidense destinada a impedir la acción europea con relación a Texas y a los Estados iberoamericanos ha sido formulada en términos que bien expresa, bien tácitamente, bien por el contexto en que se pronunciaba, revisten una forma de lenguaje que hoy llamamos “coercitivo”. La culminación de todo ello puede verse en el bloqueo que en 1962 los Estados Unidos establecieron sobre Cuba, al detectar la posible instalación de cohetes soviéticos en la isla, y que constituyó un verdadero acto de guerra dado que no existen ya los bloqueos pacíficos. Nadie nos rasgamos entonces la vestidura porque todos comprendimos las razones de seguridad invocadas por el hegemon del bloque occidental, los Estados Unidos, y la más acreditada doctrina consideró que existe una agresión indirecta que justifica una acción defensiva cuando se sitúan fuerzas armadas en un tercer país capaces de amenazar al país atacado. En otro caso, la legítima defensa resultaría un cascarón vacío.

2. Tras el fin de la Guerra Fría con la indudable victoria de occidente liberado por los Estados Unidos, hubo reiterados intentos de trocear Rusia fomentando lo que Carrère d’Encausse denominó proféticamente *L’empire éclaté* y simultáneamente de extender la política de contención institucionalizada en la OTAN, mediante la ampliación de los límites establecidos en los artículos 5º y 6º

del Tratado de Washington de 1948. La embajada de los Estados Unidos en Madrid daba reiterados testimonios de ello.

Por aquellos años los restos de lo que fue Unión Soviética en el sur de la actual Rusia y en el Cáucaso parecían reproducir el mapa trazado por la Alemania vencedora en Brest Litovsk (1918). Es bien sabido que la dureza de aquel tratado en el cual Rusia perdió el 25% de su territorio, el 40% de sus recursos naturales y gran parte de su industria y redes ferroviarias era prácticamente inmantenible. Como ha dicho un analista docto e imparcial, Hassell, ningún patriota ruso, bolchevique o no, podía aceptar esta mutilación que sí prosperó en el Tratado merced a que Trotsky diera su voto a la opción de Lenin de “la paz a toda costa”, de manera que en el Politburó se derrotó la opción bélica de Limitov por 7 votos frente a 6, fue revisado de facto de manera que al estallar la Segunda Guerra Mundial Ucrania era de nuevo rusa.

3. Esta situación produce dos reacciones también paralelas Austria declaró la guerra a Serbia como Rusia ha invadido Ucrania y ambas pequeñas naciones han movilizadado a sus grandes aliados: Serbia a Rusia y Francia y Ucrania a las potencias Occidentales insistiendo en su ingreso en al UE y en la OTAN.

Tanto Austria en el 1914 como Rusia en el 2022 minusvaloraron la resistencia de Serbia y Ucrania. Lo que estaba planeado en Viena y Moscú como dos campañas relámpagos que producían el derrumbe o la rendición de las dos pequeñas potencias, se prolongan más de lo calculado sin que quepa por otra

parte hoy más que la derrota de Ucrania como no se dudaba en 1914 de la derrota de Serbia.

Tanto Serbia como más de un siglo después Ucrania han movilizado expresa o tácitamente sus alianzas con terceras mayores potencias. Serbia a Rusia y Francia frente a Austria y Alemania, y ello provocó la Primera Guerra europea en trance de convertirse en la Primera Guerra Mundial. Ucrania ha conseguido movilizar las simpatías y la opinión pública de los países europeos y de los Estados Unidos, dando lugar a lo que un ilustre experto en las relaciones internacionales, Hans Schwarzenberger, denominó el contagio horizontal de los conflictos.

4. No pretendo, claro está, prever ningún futuro, pero señalo el evidente incremento de la tensión de Occidente con Rusia agravada por una campaña de criminalización de los líderes rusos culminada en el discurso del Presidente Biden en Varsovia que recuerda mucho la austrofobia de Clemenceau al final de la Primera Guerra Mundial y la propaganda inglesa de *Hung the Kaiser* que si provocó la huida de Guillermo II no favoreció la construcción de la paz.